

EL ALBUM DE LAS FAMILIAS.

PERIÓDICO SEMANAL.



Gratis á los suscritores del DIARIO DE BARCELONA. — Un número suelto un real.



Una mano mas veloz que el pensamiento, desvió el instrumento de muerte. (Pág. 131, col. 3.)

SUMARIO.

LA HORA DEL DIABLO, por M. Pablo Louisy.
EL SECRETO DE POLICHINELA, por M. Adriano Robert.
VIAJES: DIARIO DE UNA INSTITUTORA EN RUSIA, por la señorita Maria Néville.
FÓRMULAS: Jarabe de las monjas de Remes.—Barniz para las estampas.—Barniz para cajas de carton.—Barniz para muebles y violines.

LA HORA DEL DIABLO.

POR M. PABLO LOUISY.

Pablo Desroches acababa de entrar en su casa cuando un tímido campanillazo anunció una visita; se levantó con ademan de visible disgusto, y llamó á Juan su criado para darle la orden de despedir al importuno, quien quiera que fuese... Pero era ya demasiado tarde; Juan, mozo de aspecto taimado, introdujo al recién llegado anunciándole con el sonoro nombre de el señor Matías Chanteclair.

Pablo se encogió de hombros, encendió un cigarro en una de las bujías que alumbraban la sala y empezó á pasearse de un extremo á otro silenciosamente.

El señor Chanteclair no se inmutó al parecer con una acogida tan impolítica, á la cual estaba sin duda alguna acostumbrado; y despues de haber dirigido al jóven un saludo afectuoso y por demás inútil, fué á sentarse humilde-

mente en una silla situada en un rincon de la sala, puso el sombrero en el suelo, el paraguas entre las piernas, y esperó el permiso de desplegar sus labios cruzado de manos y moviendo á compás sus dedos pulgares. Era un hombrecillo de unos cincuenta años de edad, de aspecto insignificante y pobremente vestido; tenia la espalda encorvada, la barba revuelta, los miembros débiles y las extremidades angulosas; su cabeza, huesosa y calva, se alargaba con tanta facilidad como la de una tortuga, y carecian de expresion sus miradas.

El señor Chanteclair daba una triste idea de su inteligencia con su exterior miserable y su ademan encogido. Pero pronto vamos á juzgarle. Existen sin embargo idiotas parecidos que son muy duchos en el juego de dominó.

Habian trascurrido cinco minutos cuando Pablo Desroches dió á entender que se acordaba de que no estaba solo; se paró bruscamente en medio del salon, y dijo con voz sombría despues de cruzarse de brazos:

—Señor Chanteclair, ¿no habeis visto nunca un reo en capilla?

El hombrecillo abrió desmesuradamente los ojos y alargó el cuello...

—¡Dios me libre! balbuceó por decir algo.

—Pues bien; miradme, ese reo soy yo.

—Esta noche os encuentro de buen humor, dijo Chanteclair con una risita forzada.

—¿Os reis? Oid; dos líneas de esta carta bastarán para convenceros. «Ya que me arreba-

» tan para siempre la única felicidad que ambicionaba, no me resta mas que dejar la existencia: cuando recibais esta despedida » habré cesado de vivir.» Estaba casualmente escribiendo estas últimas palabras cuando habeis entrado, y solo falta para acabar poner sobre este papel un nombre, ¡ay! muy querido para mi alma. ¿No tenia razon al compararme con un reo en capilla? ¿Dónde encontraré un verdugo mas seguro que yo mismo? Mirad, aquí está el instrumento del suplicio, —una magnífica pistola persa, — y vais á ver como voy á hacer uso de él.

Chanteclair echó á rodar su sombrero y su paraguas, y se lanzó sobre el jóven que, con el arma levantada y el dedo apoyado en el gatillo, amenazaba con poner en ejecucion sus palabras.

—¡Deteneos! exclamó; por favor... un momento! ¿Qué haceis, señor Desroches?

—¡Dejadme! dijo este sonriéndose; creo, por vida mia, que tomais por lo sério el papel de padre suplicante. He dicho que me mataria, y lo haré... pero no estando tan mal acompañado. Ya conocéis que seria emprender demasiado pronto el camino del infierno si dejara mis huesos bajo la custodia de un usurero como el señor Matías Chanteclair.

La apóstrofe era denigrante, pero nuestro hombre, tan insensible como una momia, volvió á tomar en el rincon de la sala su ademan humilde y lastimero. Hacia mucho tiem-

po que las injurias no le producian la menor impresion.

Un usurero es un hombre diferente de los demás, que no se entretiene en pesar el valor de una palabra en la balanza de las conveniencias sociales, y por otra parte el nuestro era de opinion de que conviene que las cosas se llamen por su nombre. Sin embargo, un suicidio tan friamente preparado le causaba una terrible inquietud; despertábase de su estupor, agitaba sus dedos, sus ojos brillaban con el fuego de un pensamiento de codicia, y decia para sí que aquel incidente podia proporcionarle un buen negocio, cuyo logro estaba meditando.

Pablo cerró la carta que acababa de escribir, puso el sobre y tiró de la campanilla. Salió el criado.

—Llevarás, le dijo, esta carta á las diez á donde expresa el sobre. A las diez, ¿lo oyes? Ni un minuto antes.

Y designando despues al usurero que parecia abismado en tristes reflexiones,

—Juan, añadió, acompaña á este caballero.

Chanteclair se levantó, pero en vez de seguir al criado se acercó á Pablo, le llevó á un lado y le dijo en voz baja:

—Sois injusto conmigo; aunque me reconozco en muy poco, no merezco sin embargo ser despedido tan ignominiosamente...

—¡Al grano! dijo el jóven interrumpiéndole.

—Vais á mataros por una jóven que...

—¡No digais una palabra mas!

—Que os ama, continuó el buen hombre sin inmutarse, y que será esposa vuestra cuando querais.

—Estais, segun veo, mejor enterado que yo de mis propios negocios.

—¡Oh! por mi profesion, y por gusto, me veo obligado á profundizar muchos misterios y á merecer algunas confianzas. Vamos, señor Desroches, desistid de vuestro loco proyecto, porque aun puedo seros útil.

—¿Y cuánto valen vuestros servicios? dijo Pablo riéndose.

El usurero señaló con un gesto antes de contestar al criado que esperaba, segun le mandara su amo, el momento en que el señor Chanteclair tuviera á bien retirarse.

—Puedes marcharte, dijo Pablo al criado. Ahora que estamos solos, ¿me explicareis lo que significan vuestras extrañas palabras? Muchos meses ha que interrumpí con vos toda clase de relaciones, y he pagado bien caras mis locuras juveniles, incluso el capital y sus intereses. ¿Qué hay de comun entre los dos? ¿Con qué objeto habeis venido?

—A salvaros, y llego á tiempo. Cuando os retirasteis de la vida del gran mundo, donde alcanzasteis triunfos tan brillantes, dije para mí: «No es natural arrinconarse á los veinte» y seis años, cuando no se está gastado, y no siendo pobre ni ridículo; luego el amor está metido en la danza. Y empecé á oler, y puse en juego mi policia....

—¿Y me decís eso á la cara, en mi casa?

—¿Por qué no? Cada cual se dedica á la caza que le acomoda; pero soy un buen hombre que ama la juventud, la loca y confiada juventud, que despues de haber bebido arroja una herencia por la ventana y adopta por diosa la moral á la moda: vida breve, pero divertida. Entre todos mis clientes os granjeasteis vos mi cariño. ¡Jum! dije para mí, este Desroches hará progresos.

—¡Adelante!... hay alabanzas que deshonran.

—Pero hé aquí que repentinamente, continuó el imperturbable Chanteclair, os enterrais en vida, os haceis hombre de juicio y pensais en el matrimonio y en sus tranquilas dulzuras. Tomo entonces, como os he dicho, mis informes, porque antes de ser rico soy tambien hombre de orden. ¡Ah! demasiado cierto era: habiais pedido la mano de la señorita Ester Duranton.

—¿Acabareis vuestro interminable preámbulo?

—Rica heredera... pingüe dote... y esperanzas de próximas herencias.... ¡feliz hallazgo! Pero el papá, rústico dueño de ferrerías, se negó sin rodeos. ¿Estoy bien enterado?

—¡Sois el diablo!

—Sí, un buen diablo, ó mas bien un pobre

diablo que solo aspira á ganarse poco á poco su miserable vida. Aun no he acabado. Vos erais dueño del corazon de la niña, que se desconsuela en este momento viéndose destinada por su padre á ser mujer de un mentecato, de un tal Robinet, negociante de Bolsa, que no pesaria mas que una caña en mi mano si me empeñara en derribarle. ¡Y osais hablar de suicidio, vos, un deudor modelo! ¡Abandonar una partida que está casi ganada! Vamos, pues, señor Desroches, os hablaré por fin sin mas rodeos: he venido á proponeros el último negocio. En una palabra, ¿queréis que os case con la mujer que amais?

Estupefacto Pablo viéndolo que su interlocutor estaba realmente mejor enterado que él mismo de sus propios negocios, ó mas bien de sus secretos disgustos, no desplegó los labios para responderle.

Hacia algunos minutos que Chanteclair se habia despojado de su carácter de hombre de bien para ponerse la máscara de prestamista á crecido interés, es decir, su aspecto taimado y su mirada penetrante y calculadora.

—Todo eso sale de un excelente corazon.... de usurero, respondió al fin Pablo con tono de burla. Pero ¿qué precio poneis á mi consentimiento? Porque supongo que no me hareis la ofensa de salvarme gratis de las uñas de Satanás, vuestro apreciable cofrade.

—Os costará una friolera... veinte mil francos, respondió sin embozo el hombrecillo.

—¡Cáspita! muy seguro estais de salir bien con vuestro negocio. Están dando las nueve, añadió Pablo: tengo aun una hora de vida. Amigo Chanteclair, acepto vuestra oferta; os doy esta hora de tiempo para casarme.

—¡Una hora! exclamó el tentador volviéndolo á afectar su aspecto hipócrita y compungido. ¡Qué locura! Pero...

—No tengo humor para oír lamentos. Es mi gusto; una hora, ni un segundo mas. Si á las diez en punto, ¿ois? no estais aquí de vuelta con una respuesta favorable...

El usurero sacó su reloj con aire quejumbroso, adelantó la saeta poniéndola en los mismos minutos que señalaba el reloj de sobremesa, y salió corriendo.

—Voy confiado en que me dais palabra de que en caso de buen éxito me satisfareis la cantidad que hemos dicho, añadió volviendo atrás.

—Os la doy, y recordad que tanto en esto como en todo no falto jamás. ¡Os deseo buena fortuna!

—¡Hasta otro rato!

—A las diez en punto, sino...

Estas últimas palabras hicieron estremecer á Chanteclair que se lanzó como un loco á la escalera.

Pablo abrió la ventana y le vió curiosamente cual corria por la calle con peligro de dar una caída, y se avergonzó despues al reflexionar en el trato que acababa de cerrar y en el cual habia puesto como prenda con tanta ligereza su vida ó su felicidad. Prostituir su amor á un usurero inmundo; elegir para celebrar su matrimonio un tercero de baja ralea; apostar la esperanza de vivir y de ser dichoso contra un saco de dinero! ¿Semejante pacto era honroso? Y si se realizaba por casualidad, ¿no arrojaría una mancha indeleble sobre el resto de sus dias? ¡Excelente regalo de boda! ¡presagio cierto de felicidad el recuerdo de un cobarde contrato que apenas se atrevería á confesar y nadie se resolvería á creer!

Todos esos pensamientos asediaron á Pablo como precursores del remordimiento; pero como estaba dotado de una voluntad inflexible y de un gran fondo de indiferencia, arrojó de sí la tristeza como el humo de su cigarro y se tranquilizó murmurando:

—¡Bah! no tiene tiempo para salir bien con su empresa. Esta necesidad me pesará de menos en la conciencia, y puedo poner por obra con entera libertad...

Pero como no estamos obligados á repetir á nuestros lectores el monólogo acostumbrado del que se condena á sí propio á muerte, seguiremos la pista al ingenioso Chanteclair y sabremos el resultado de su audaz empresa. Continuó este su camino codeando, haciendo giros y empujando á los transeuntes que parecian agruparse á propósito para entorpecer

su marcha, y todos le recibian con gritos, con injurias y con remoquetes. Pero el usurero con el corazon rebosando de misericordia.... y de angustia, y sordo á las quejas é insultos que motivaba su correr desalado, ganaba terreno arrebatado por la idea de que el tiempo, ese Judío errante infatigable, le ganaba en ligereza.

Cayó como una bomba en casa de Robinet, el rival afortunado de Pablo Desroches.

—No está el amo, dijo la criada que abrió la puerta.

El pobre Chanteclair se apoyó en la pared para no rodar por la escalera, sus rodillas se doblaron de cansancio, y los veinte mil francos pasaron ante sus ojos con la velocidad de cien alas.

Pero volvió á levantarse al momento, sacó con presteza una grasienta cartera, y escribió en una de sus hojas: *Para la calle de Coquenard*, añadiendo:

—Muchacha, entrega esto á tu amo; es preciso que venga sin tardanza.

El tiro habia sido seguro, y el invisible Robinet acudió con ahinco. El usurero entró, se sentó, se enjugó su frente bañada en sudor, y antes de pronunciar una palabra, miró la hora que señalaba su reloj.

Eran las nueve y diez minutos.

Exhalóse de su pecho un suspiro de satisfaccion.

—¿Qué noticias me traeis? preguntó Robinet.

—Malas, respondió Chanteclair. Se sabe todo en la calle de Coquenard.

—¿Cómo! ¿Mimi sabe?...

—Os repito que todo lo sabe; vuestro próximo casamiento y la separacion que por consiguiente la amenaza. Decia que estaba decidida á ir á casa de Duranton vuestro futuro suegro.

—¿Con qué intencion?

—Con la inocente intencion de armar en primer lugar un escándalo... y de exponer en seguida los derechos que pretende tener sobre vos.

—Todas dicen lo mismo, dijo el traidor con una falsa risa; ¿los derechos del amor sin duda?

—Sí, eso y algo mas.

—¿Y quién la ha enterado tan á fondo?

—Creo que uno de mis amigos... Desroches, se aventuró á decir el usurero despues de vacilar un momento.

—¿Cómo mentia! Pero pertenecia á la escuela de los que creen que el fin justifica los medios, y el fin era para él los veinte mil francos que le halagaban desde lejos con las mas gratas caricias.

—¡Ah! ¿con que ha sido mi rival, dijo Robinet, el pobre Pablo Desroches?

—El mismo, Desroches.

—Y Mimi se consuela sin duda con él de mi traicion. ¡Magnífico! hé aquí una casualidad que no puede ser mas chistosa: desembarazarme á un mismo tiempo de un rival y de una querida, siendo así que uno y otro me importunaban bastante! Me habeis dado una noticia preciosa, mi apreciable amigo Chanteclair, que me causa la mas agradable sorpresa.

—¡Estoy perdido! balbuceó el usurero; y yo que creí espantarlo para hacerle caer en el lazo.... Esto no marcha bien, mudemos de táctica.

M. Robinet, á quien la suerte le habia dado un nombre tan ridículo, pertenecia á la clase en el dia tan comun de los hombres de dinero.

Era, segun se dice en la Bolsa, un negociante advenedizo. No describiremos al lector su vulgar é insignificante figura, pues todas las gentes de esta ralea se parecen, todas tienen un mismo busto, como las monedas de cien sueldos, y quien ha visto una ha visto ya mil. No les pidais costumbres, principios, creencias ni mucho menos buenos modales; los sentimientos no se hicieron para ellos; hablan gerigonza; urden toda clase de negocios, pleitean como normandos, viven entre sí como lobos, solo tienen amores mercenarios, y los que no llegan á banqueros, propietarios ó diplomáticos van nadando entre dos aguas hasta caer en las redes de la policia correccional.

El nuestro habia tenido el talento ó la suerte de sacar las castañas del fuego, habia sido bien tratado por la alza y la baja, y la prima

le colmaba de favores. No era ya aquel Robinet grasiento, miserable y hambriento que había acometido diez empresas á un tiempo y veinte veces había faltado á su firma, pues la Providencia había enviado á tan feliz mortal una revolucion, y él había secundado su auxilio haciendo un buen negocio. De la noche á la mañana el misero Robinet se convirtió en el señor Robinet, que andaba con la cabeza erguida, como persona de importancia; que decía con la altivez de un distinguido personaje que sabe lo que vale en la plaza: mi casa, mi caja; que arrastraba coche, cenaba en casa de Bignon y mantenía una Mimí, una cortesana de la calle de Coquenard, tan necia como impertinente.

Dios los cria y ellos se juntan, dice el refrán. Una noche en Mabilie un pobre petate puso el pié sobre el vestido de Mimí.

—Caballero, exclamó ella agriamente, vale doscientos francos.

—¿La mujer ó el vestido? preguntó el interpelado.

Pero ni el escándalo de sus amores, ni el escándalo mayor aun de su fortuna, impedían á Robinet hacer un rico casamiento, que era el último de sus negocios: había tendido su red á una hermosa heredera, rubia como el oro y casta como el primer amor.

Difficil es resistirse á un negociante que ha parado la rueda de la fortuna, y no se discute largo rato con una caja que rebosa de riquezas; el padre cedió como era consiguiente.

En cuanto á la niña, veremos. Robinet se frotaba pues las manos de regocijo y se felicitaba por su doble victoria: era su cuarto de hora de expansion y de júbilo.

—Querido Chanteclair, añadió, ¿sabéis que me habiais llegado á infundir un terrible miedo?

—¡Bah! dijo el usurero.

—Con vuestro aspecto de mal agüero y vuestras amenazas de escándalo, me creí perdido sin remedio. Y, hablando formalmente, ¿no ha pasado mas allá la desesperacion de esa pobrecita Mimí?

—Ya pica el pez el anzuelo, dijo para sí nuestro hombre.

—¿Ha dicho algo que pueda comprometerme?

—Nada.

—¿Cómo! ¿no ha hablado de... Refrescad la memoria.

—Por mas que trato de recordar...

—¿Será cierto! — Y el Robinet moral inspiró al Robinet físico toda la alegría y satisfaccion de que era capaz. — ¡Oh mujeres, mujeres! ¡qué imprevisoras y qué locas sois! Nunca llegaréis á entender de negocios. Nosotros no hubiéramos cometido una torpeza semejante. Figuraos, amigo mio...

—Las nueve y veinte y tres minutos, dijo suspirando Chanteclair que hasta con su propio cofrade hacia el papel de hombre de bien.

—Imaginaos, continuó el locuaz Robinet, que á esa muchacha se le ofrecia una magnífica ocasion de satisfacer su afición al escándalo; no tenía mas que presentar ciertos pedazos de papel... y sin grandes esfuerzos de destreza, me hubiera puesto en un apuro.

—Sigue picando, pensó Chanteclair, y añadió en voz alta: Una persona de tanto talento como vos poner en sus manos...

—¿Pues los puse!... Estaba picado como deudor apremiado. ¿Qué queréis, amigo Chanteclair? aunque hombres de negocios tenemos un corazon sensible, y cuando llegamos á enagenarlo, amontonamos necesidades sobre necesidades. No sin razon se dice que los hombres de talento son á veces imprudentes. ¿No adivináis?... Mimí tiene toda mi correspondencia.

—Cartas de amor... vos? preguntó el usurero fingiendo sorpresa.

—Es una imprudencia, lo confieso, pero os repito que tenía el corazon hechizado ni mas ni menos que un colegial, y mi corazon era un volcan. Y además, pensad que era mi primera pasion, y que había tomado á Mimí por ensayo. Imaginad pues cuál habrá sido mi inquietud cuando me habeis hablado de escándalo. Mimí no tendrá ya mis autógrafos, pues de lo contrario, avisada por Desroches de mi infidelidad, no hubiera vacilado en hacer de ellos un arma terrible contra mí. La conozco

á fondo.... cuando se encoleriza es capaz de cualquier cosa.

—Oid pues... dijo el usurero pareciendo reunir sus recuerdos; ¿no hay entre otras cartas una en que le enviabais bajo un sobre un cupon de la renta?

—Sí, la mas comprometida... una carta de tres páginas por la cual pagué cincuenta francos á un periodista tronado... Era de la renta de España.

—¿De la renta de España? ¡Ah! ya recuerdo... ¡Pobre Robinet!

—¿Qué decis?

—¿Qué imprudencia!

—¡Bah! rescaté esa renta á 60 por ciento de pérdida, y la volví á vender á la par. ¡Buen negocio!

—Esa carta es el entierro de vuestro casamiento.

—Me haceis estremecer.

—¡Infame!... ya lo habeis dicho, ella es capaz de recurrir al último extremo. Añadid que Desroches la ha exasperado contra vos.

—¡Explicaos!

—Demasiado me acuerdo ahora. «¡Cómo! ¡cómo! exclamaba Mimí, se quiere casar el infame Robinet! ¡me abandona sin reflexionar que puedo vengarme! ¡Paciencia! tengo bajo llave cierto almiarado billete que desvanecerá sus esperanzas.»

—No hay duda.... es el papel maldito que conservará en su poder. Si se lo envía á mi suegro, estoy perdido! M. Durantón es un hombre montado á la antigua, rígido hasta la ridiculez en cuestiones de moral y que siempre va por el camino mas recto.

—¡Perder tan magnífico casamiento.... tan soberbio negocio!

—Treinta mil escudos pagaderos al contado...

—Pero en cambio os queda Mimí.

—¡Oh! ¡las mujeres son demonios!

—Decís bien, y los hombres somos las mas de las veces unos imbéciles!

¡Desventurado Robinet! aunque eras un Mercurio entre la turba de agiotistas industriales, no entendias una palabra de desembrillar los ardidés femeniles. Abatido por este golpe terrible con tanta destreza descargado, en vano llamaba en su auxilio una imaginacion ausente, pues su cerebro estaba hueco en el asiento de las estratagemas amorosas.

Chanteclair, á quien aguijoneaba el estímulo del lucro, tenía ya formado su plan. Acercóse con socarronería á Robinet y le dió un consejo en voz baja.

Robinet se estremeció.

—¡Otra carta! exclamó; eso... nunca!

—Será la última, añadió el usurero con pérfida sonrisa, y la recobraréis al mismo tiempo que las otras... despues de cenar. ¡Un ardid de recurso! Si el medio no os acomoda, buscad otro vos, porque yo he apurado ya mi ingenio.

Robinet se resignó, y como el discurrir le costaba tanto trabajo, adoptó el partido mas desesperado. Chanteclair dictó en cinco minutos la pérfida carta, y con pretexto de llevar á cabo en el acto la completa salvacion de su amigo, se apoderó de ella y salió con toda la rapidez que sus piés le permitian.

En vez de llevar el billete de Robinet á la casa de la Calipso de la calle de Coquenard, tomó la Calzada de Antin pensando en los veinte mil francos prometidos á su diligencia, que resonaban en su oido como una música deliciosa, que giraban delante de él y le estimulaban á correr en su alcance.

¡Qué rápidos corrian los veinte mil francos!

Durantón, el confiado padre, está en su casa; la fortuna se conjura para favorecer á Chanteclair y llenarle el bolsillo. Aparta sin cumplimiento á los criados que le preguntan su nombre, á él que va á ganar veinte mil francos en algunos minutos.

¿Dónde está ese amo de casa que hace esperar á un usurero salvador y apresurado? Hélo allí; ya asoma con el rostro ceñudo y el paso entorpecido por un exorbitante abdomen.

—Caballero, dijo resueltamente Chanteclair, vais á casar vuestra hija con un pícaro... que abusa de vuestra buena fe para disimular el sospechoso origen de su fortuna; con un liber-

tino que no ha roto aun sus relaciones con mujeres perdidas.

El pérfido usurero pisoteaba á Robinet para lograr con mas seguridad la prima de su in-noble corretaje.

Durantón trató de interrumpirle.

—Traigo pruebas, continuó Chanteclair; leed.

Era la carta de Robinet, la trampa armada contra Mimí para recobrar sin escándalo la temida correspondencia.

Decía así: «Adorada Mimí, prepara la cena; dentro de una hora te llevaré una excelente langosta y mi corazon siempre fiel. A propósito; mi casamiento no es mas que una bromita, te lo jura tu ROBINET.»

Semejante delito no necesitaba mas pruebas para un suegro virtuoso, y el usurero tocaba con la mano el séptimo cielo, el cielo de los billetes de Banco.

Maquinalmente sacó el reloj...

Pablo Desroches, á quien dejamos en su fúnebre monólogo, se disponia en tanto á morir, examinando sus pistolas y esforzándose en ocultar la solemnidad del momento bajo un exterior de indiferencia.

—Si el carbon no diera náuseas antes de producir la asfixia, decía para sí, hubiera preferido esta arma; pero es una agonía tan pestifera! Y además, es preciso esperar.... se hace de rogar... desnella lentamente... es una verdadera carrera! el plomo es mas seguro; se acaba al ménos con él cuando se quiere. Chanteclair no volverá... ¡Mejor! su buena accion me hubiera causado remordimientos.

Pabló exhaló un suspiro, y continuó despues de una breve pausa con voz conmovida:

—¡Y qué ilusiones tan halagüeñas me había creado! ¡Pobre Ester! quizás me ama.... Te prometo dejar la vida pronunciando tu nombre querido...

Dieron las diez.

El jóven cogió una pistola...

Pero una mano, mas veloz que el pensamiento, desvió el instrumento de muerte y lo arrojó lejos de la frente que iba á despedazar.

Pablo se volvió á mirar, y exclamó:

—¡Vos aquí... Ester!

Una mujer estaba en pié delante de él.

Una mujer jóven y hermosa que comprimía con una mano su corazon henchido de terribles emociones, mientras con la otra apretaba convulsivamente el brazo del jóven, y que no podia apartar sus ojos, desmesuradamente abiertos por el terror, de la pistola que parecia fascinarla con una atraccion homicida. Su vestido en desórden, la velocidad de su ademán y su devanco manifestaban cuán sublime era el impetu que la había arrebatado, y cuán supremo el deber que, á pesar de su timidez y su candor, la había arrastrado lejos de su techo paterno.

El amor y los sacrificios de la mujer son hijos del corazon; la hermosa mitad del linaje humano no espera nunca la reflexion para dejarse llevar de sus pasiones y resolverse, y en esto son superiores á los hombres.

Ester amaba, y había puesto su honra bajo la custodia de su amor.

Pero la conmocion había sido excesivamente viva para la noble jóven, que se esforzaba en vano para dominarse.

Y se desmayó.

Oyóse ruido de pasos, y Chanteclair se presentó pidiendo su recompensa, con el reloj en la mano, bañado en sudor, jadeando y molido, pero altivo y sublime como César que vió y venció.

—Las diez menos cinco minutos, dijo con voz anhelosa; señor Desroches, he ganado, os casais.

—Vuestro reloj atrasa doce minutos, respondió friamente Pablo; habeis perdido. Este es el último negocio que tengo con vos.

Chanteclair quedó tan aterrado como si cayera un rayo á sus piés; acercó su reloj al oido, y estaba parado. Su postrera pulsacion había señalado las diez menos cinco minutos como su dueño deseaba.

Una extraña alucinacion se apoderó entonces de la frente del usurero herido en lo mas vivo de su ser, en su afán al oro; los veinte mil francos que perdía habían tomado formas corpóreas y vagaban en torno suyo en danza



¿Y es el doctor quien se ha olvidado de esto? (Pág. 134, col. 1.)

infernal, en torbellino de monedas de oro y de billetes de Banco, que le envolvían como un dragon fabuloso en mil y mil vueltas, y subían, y subían sin pararse, y le apretaban hasta ahogarle.

Y aquellos veinte mil espíritus infernales se trasformaban de repente en campanas de todas dimensiones, de todas formas y de todos sonidos que repicaban en mil discordes tonos y le asordaban haciéndole oír la hora fatal.—**LAS DIEZ!!!**

Juan trajo en tanto un pomo de éter para la joven desmayada.

—No en vano he dicho á esta pobre señorita, dijo el celoso criado, que no se diese tanta prisa... que iba á darle algo si no se detenía. ¿Lo veis? se realizó mi pronóstico.

—¿Qué has hecho de mi carta? preguntó Pablo.

—Yo os diré, señor, pero no os enojeis; he hecho mas de lo que me habian mandado. Cuando me habeis encargado que fuera á casa de la señorita Ester á las diez de la noche, he dicho para mis adentros: «¿Qué disparate! estará acostada tan tarde; iré media hora antes. Estoy bien seguro de que mi amo se ha equivocado de hora.» Y por otra parte, con una pedrada mataba dos pájaros, porque tenía que ir á hablar un rato con una prima que acababa de llegar de mi tierra y vive en la misma calle. La señorita ha leído la carta, y mas lista que un relámpago ha cogido su chal y su sombrero, y aquí estamos ya todos.

—¡Majadero! exclamó Chanteclair, á quien estas palabras acababan de arrancar de su asombro y de su incertidumbre; ¿quién te ha dado permiso para hacer á mis expensas el papel de la Providencia?

EL SECRETO DE POLICHINELA.

POR M. ADRIANO ROBERT.

SEGUNDA PARTE.

CÁNDIDA.

I.

Cuatro dias habian trascurrido desde la representacion de la venganza de Polichinela en la villa Alberti.

Como Zafiro continuaba padeciendo una calentura nerviosa de las mas intensas y hasta accesos de furioso delirio, tuvieron que trasladarle á su casa, porque la presencia de la marquesa y de sus amigos solo contribuía á agravar su posicion y los médicos habian manifestado que era indispensable que partiese. Zafiro rechazó los cuidados de los criados que la marquesa habia destinado para servirle, y únicamente queria ver á su prima Cándida, la cual podía tan solo tranquilizarle y hacerse obedecer.

Parecía que un espíritu maléfico inspiraba sus ideas diabólicas al empresario para dar tormento á los criados de la marquesa Alberti, pues dando golpes á este, arrojando al fuego la peluca de aquel, y haciendo tomar á otro un baño en la cisterna, consiguió que todos desapareciesen en un mismo dia, contentos de haber salido tan bien librados de las uñas de Zafiro.

Dueño y señor de su casa, empezó este á calmarse como por encanto, desaparecieron los arrebatos de locura, y quedó sumido en una melancolía resignada y en un absoluto silencio.

Pasaba horas enteras retirado en su taller delante de su caballete ó de su clave.

Como Cándida ignoraba lo que habia pasado en la villa Alberti, maldecía la conducta de su hermana, á quien acusaba amargamente de la desgracia de Zafiro. Añadíanse además á este pesar otros disgustos, pues pronto iba á escasearle el dinero, y no podía contar con el producto del teatro Pasquarello, cerrado por mucho tiempo y tal vez para siempre.

Cuando se difundió por Florencia la noticia de la desgracia de su querido Polichinela, toda la ciudad acudió en tropel á la casa que habitaba á preguntar por él afectuosamente, y durante tres dias el portero Lucas se vió sitiado por los lacayos enviados por la nobleza. El mismo cardenal Torcuato, gran aficionado á cuadros, envió una vez á pedir noticias de su salud.

Inútil es decir que la marquesa Alberti envió todos los dias á Panfilio para informarse del estado de su víctima.

Lucrecia estaba lejos de creer enteramente la realidad de la locura de Zafiro, y el venenoso capitán se habia complacido en amonto-

nar en su mente nuevas dudas. Lucrecia se propuso descubrir la verdad y explotar la situación.

Hallábase Cándida arreglando una mañana el taller de su enfermo cuando entró sin anunciarse una mujer cubierta con un manto de raso negro.

—¡Vos, señora! exclamó Cándida sorprendida.

—Sí, hija mia, dijo Lucrecia descubriendo su rostro; ahora que Zafiro está mas tranquilo, que es dueño de su corazón, debo explicarme ó mas bien justificarme acerca del lamentable suceso de que fué víctima en mi casa.

—Mi primo continua enfermo, señora, y si tuvierais la crueldad de recordarle aquella terrible noche, nos expondríamos á extinguir para siempre la débil inteligencia que puede aniquilar una sola palabra.

—¿Es decir, añadió la marquesa lanzando á través de sus párpados medio cerrados una mirada penetrante, que sigue inconsolable desde que partió vuestra hermana?

—Sí, señora; la única diferencia que hay en su estado consiste en que la enfermedad ha cambiado de carácter, y su desesperacion se ha convertido en un silencio sombrío y en una insensibilidad hácia todo lo que pasa en torno suyo. El médico cree que esta locura es mucho mas peligrosa que la otra, y que seria preciso proporcionarle distracciones ó una ocupacion.

—No hay cosa mas fácil.

—Sí, no hay cosa mas fácil para los ricos que pueden comprar sus diversiones, pero nosotros...

—¿Vosotros? preguntó la marquesa.

—Apenas nos queda con que atender á nuestra subsistencia, añadió Cándida bajando los ojos.

—Animo, hija mia; lo que no podais vosotros otro se encargará de suplirlo. Decidid á vuestro enfermo á que venga á pasar algunos dias en la villa Alberti, y estoy segura de que los cuidados y las distracciones que se le prodigarán le curarán muy pronto.

—¿Y no podré acompañarle? preguntó Cándida vivamente.

—¿Qué conmovida está! dijo para sí Lucrecia observándola. Y añadió en voz alta:—¿No conoceis que alejándole por algun tiempo de



Partida de los condenados para la Siberia. (Pág. 135, col. 2.)

cuanto puede recordarle la persona de que hablábamos poco há, ese recuerdo tan doloroso se borraría antes y mas completamente?

—¡Separarme de Zafiro! exclamó Cándida con una energía que casi rayaba en amenaza. ¿Luego ignorais lo que ha hecho por nosotras y que su afecto y su amistad no tienen límites? Demasiado es ya que una le haya olvidado para que la otra le pague también con ingratitude. Nó, yo no trataré de borrar de su memoria el nombre de Fiamma, pues lo único que quiero apagar en él es la cólera y el odio. Las distracciones y placeres de un artista son muy distintos de los de las personas del gran mundo, y no son los bailes ni las caerías las que cicatrizan las heridas de su alma, sino el trabajo y la gloria.

—Pronto sería esta niña mas peligrosa que la otra si no se pusiera remedio, murmuró la marquesa levantándose. Libre sois, hija mía, de rehusar, porque vos mandais aquí ahora.

—¡Mandar! dijo Cándida con triste sonrisa; yo no soy mas que una humilde criada.

—Espero que el afecto que profesais á nuestro primo hará milagros, pero ya sabéis que tan rara y preciosa virtud tiene por desgracia poco imperio sobre la fortuna. Me habeis confesado ahora mismo que era muy precaria vuestra situación.

—Es verdad, señora.

—Todo lo he previsto ya, y como sabia de antemano que solo aceptarais como préstamo el dinero que os es indispensable en este momento, he resuelto que solo lo debieseis á vuestro talento y á vuestro trabajo.

—No os entiendo, señora, dijo Cándida.

—Pues es muy sencillo: vuestro teatro está cerrado por mucho tiempo aun, porque Zafiro no puede pensar en volver á presentarse al público mientras no se haya restablecido completamente; y como esa clase de enfermedades son largas y onerosas, vengo á proporcionaros los medios de hacer frente á todas vuestras necesidades pagando á vuestro primo una deuda de gratitud. El nuevo empresario del teatro de Pisa es un íntimo amigo mio, le he hablado de vosotros, se ha compadecido profundamente de la desgracia de su cofrade Zafiro, y os ofrece en el acto un ajuste de doscientos céntimos mensuales, con un adelanto de cuatrocientos que recibireis hoy mismo, si

consentís en formar parte de su compañía. Tomad, esta es la escritura del ajuste.

Cándida la tomó temblando.

—¡Separarme de él! dijo; y cayó una lágrima en el papel.

—Se le asegura un bienestar y cuidados que pronto le faltarian, observó la marquesa con fingida dulzura.

—Es verdad, dijo Cándida casi vencida.

—¿Qué resolvéis pues? añadió Lucrecia después de un breve silencio.

—Dejadme esta escritura, señora, que antes de una hora habré tomado una resolución.

—Muy bien, dijo Lucrecia dirigiéndose hácia la puerta, pero reflexionad despacio antes de rehusar ó aceptar. Dentro de una hora volveré á recibir vuestra contestacion.

—Dentro de una hora, repitió la actriz con voz alterada.

—Firmará, dijo la marquesa, y por esta vez de seguro que nadie se pondrá entre él y yo.

—Tiene razon, dijo la pobre jóven cuando se vió sola; es el único medio, el único recurso que nos queda. Ese infame judío que compra algunas veces los cuadros de Zafiro se negaría seguramente á prestarle un solo céntimo. ¡Ea pues, valor! Lo hago por su felicidad. ¡Ah! Fiamma, Fiamma, ¿qué hiciste? Y mojaba ya su pluma en la tinta para firmar la escritura, cuando una mano detuvo suavemente la suya, y dos labios frescos y rosados estamparon un beso en su frente.

—¡Fiamma! exclamó Cándida reconociendo á la hermosa fugitiva, que acababa de entrar misteriosamente por el jardín.

—¡Chist! dijo Fiamma, pasando el cerrojo de la puerta del aposento de Zafiro.

Las dos hermanas se abrazaron estrechamente y empezó entonces entre ellas un fuego graneado de preguntas, explicaciones, repreciones y excusas.

Después de haberse justificado de toda complicidad con Dominico, Fiamma declaró á su hermana que luego que supo por la voz pública la desgracia de su primo, no habia vacilado en volver al redil y en implorar su perdón por una fuga en la que habia mas ligereza que malicia.

Ella y Dominico se habian resignado á sacrificar su felicidad por la de Zafiro.

La pasion de su primo era tan profunda, tan

verdadera y tan interesante que el único medio de mostrarle su gratitud consistia en darle su mano de esposa.

La víctima estaba preparada para sacrificar-se en el ara del deber.

Cándida aprobó sin rodeos la conducta de su hermana, y trató de persuadirla de que iba á ser la mas feliz de las mujeres.

Lo mas perentorio por entonces era preparar poco á poco al empresario para recibir al hijo pródigo.

Las dos hermanas no tuvieron tiempo por desgracia para concertar hábilmente su plan, porque Zafiro golpeó con estruendo en la puerta del taller llamando á Cándida.

—Esperaré allí, dijo Fiamma huyendo hácia el jardín.

—¡Animo, hermana mia! dijo Cándida cerrando las puertas vidrieras.

—¿Acabarás de abrir? gritó el empresario desde dentro.

Cándida corrió el cerrojo de la puerta.

—¿Qué hacías? ¿cómo me has hecho esperar tanto rato? dijo Zafiro de mal humor entrando en el taller.

—Estaba arreglando los muebles, primo, respondió Cándida ruborizada y temblando.

Zafiro la miró de reojo y se contentó con encogerse de hombros. Después de haber paseado un rato de un extremo á otro del taller, se sentó delante del caballete, y empezó á cargar de colores su paleta.

Cándida sacó de un cofre un pequeño cuadro ahumado y viejo y tan ennegrecido que era imposible distinguir si era un paisaje, una escena doméstica ó un retrato.

—¿Qué es eso? preguntó Zafiro al ver que se acercaba tímidamente.

—¡Esto, primo mio? dijo ella haciendo un esfuerzo para sonreír y dándose prisa á hablar, es un cuadro que encontré esta mañana en la tienda de nuestro carbonero y he comprado por quince paolis. Sé que eres aficionado á las pinturas antiguas, y he creído que empleabais bien mis ahorros con esta compra.

—¡Hola! dijo Zafiro con tono burlon; ¿con que compras cuadros como el bueno de David? Veamos, veamos tu hallazgo.

Y tomando el cuadro de las manos de Cándida empezó á examinarlo con curiosidad.

—Sí, es muy lindo, dijo disminuyendo la

luz con su mano izquierda. Quince paoli... no hay duda, es barato. Y ¿qué representa este cuadro?

—El tiempo y el polvo han manchado de tal modo el lienzo que es bastante difícil adivinar lo que representa; pero me ha parecido que distinguía en un extremo, á la izquierda, un soldado sentado sobre una mesa ó una cuba.

—Y no vacilas en atribuir esta obra notable á uno de los maestros de la escuela flamenca, ¿no es cierto? continuó Zafiro arrojando el cuadro debajo de una mesa. Te advierto pues, hija, que cuando encuentres obras maestras como esa, harás mejor en no gastar tus ahorros.

—¡Y yo que confiaba darle una sorpresa y prepararle! murmuró Cándida con tristeza.

—¿No ha venido nadie esta mañana?

—Nó, primo; es decir, sí.

—¿Quién? preguntó Zafiro.

—El doctor Bartolomé, respondió Cándida, terminando con una mentira inocente la frase destinada para anunciar la gran noticia.

—¿Y es el doctor quien se ha olvidado esto? continuó el empresario recogiendo el manto de terciopelo negro que Fiamma se había dejado caer en su precipitada fuga.

—¡Cielos! exclamó Cándida turbada.

—¡Cielos! repitió Zafiro; ¿qué papel estás ensayando? No creo que esa exclamación se haya usado jamás en la vida real.

—¡Zafiro! exclamó la linda niña con ademán suplicante; prométeme que me oirás con calma y te lo diré todo.

—No temas, dijo él sonriendo, ya no estoy ahora loco, la crisis ha pasado enteramente. ¿Quién se oculta aquí?

—¿No lo adivinas? dijo Cándida lanzándole una mirada con los ojos bañados en lágrimas.

—Sí, dijo Zafiro levantándose, sí.... Puede venir ya; estoy pronto á oírlo.

—Y á perdonarla, ¿no es cierto?

—Tal vez, dijo Zafiro con calma aterradora. Cándida se dirigió corriendo hácia el jardín y volvió á entrar al momento llevando á su hermana de la mano.

—Déjanos solos, Cándida, dijo el empresario indicando á su prima la puerta de su aposento.

—¡Animo, hermana mía! Os escucharé, os escucharé, dijo Cándida al salir del taller.

II.

Zafiro se aproximó lentamente hácia Fiamma y le ofreció con cortesía un sillón, en el cual se dejó caer ella bajando la cabeza como un reo en presencia de su juez.

El empresario se sentó entonces delante de su clave y empezó á tocar un caprichoso preludio.

El principio de la escena era en verdad inesperado.

Fiamma lanzó á su primo una mirada en que se retrataban el asombro y el terror.

Zafiro estaba tranquilo y risueño.

—¿Sabes, querida prima, dijo continuando su caprichoso preludio, que eres una detestable pensionista? Hoy hace cuatro días que me obligas á estarme mano sobre mano. Y á propósito, ¿está buena la señora Caravage? No te pregunto por Dominico porque ya he tratado de preguntar por él, y sé que continúa sin novedad, aunque muy fastidiado de vivir en la taberna de Barbieri, donde no es afortunado en el juego pero sí en amores.

—¿Qué lenguaje! murmuró Fiamma levantándose; ¡pobre Zafiro!

—¿Qué es eso? ¿qué tienes? ¡Ah! ya caigo, crees como los demás que está mi cerebro trastornado por el amor que me inspiras, y tengo en verdad el disgusto de desvanecer una ilusión tan lisonjera, pero me es imposible prolongar por mas tiempo este quidproquo. Ea, pues, dame tu mano, hermosa prima mía, permite que estampe en tu frente un beso fraternal y prepárate para una grata sorpresa.

El empresario puso un taburete en frente de su primera dama, y después de una larga pausa dijo con acento de verdad que dejó á Fiamma como petrificada de asombro:

—Nunca te he amado, querida prima.

—¿De veras? dijo ella con una ironía que ocultaba mal su despecho.

Fiamma adolecía de un exceso de amor propio, estaba convencida de la superioridad de su hermosura y le cegaba el orgullo, hijo legítimo de la presunción; en una palabra, era mujer. La bala atravesó todos estos sentimientos femeniles antes de estrellarse contra la coraza de la amada de Dominico.

—¿De veras? repitió aunque con diferente tono. Pero siendo así, ¿por qué has representado tan ridícula comedia?

—Porque hay un adagio que dice que la astucia es el arma del débil contra el fuerte.

Y sacando del bolsillo la carta en que Fiamma le anunciaba su fuga con Dominico, añadió riendo:

—El caso es arriesgado, y te hablaré por consiguiente, querida Fiamma, como si realmente hubieras viajado con ese buen Dominico. Ya en otra ocasión te hablé, aunque brevemente, de la difícil situación en que me hallaba respecto á la señora Alberti...

(Se continuará.)

VIAJES.

Diario de una Institutora en Rusia.

POR LA SEÑORITA MARIA NEVILLE.

(Continuacion.)

Pedro era jóven, de carácter jovial, y cobró el mas tierno afecto á su nuevo paje; afecto que se acrecentó con la edad y que duró hasta la muerte del emperador. No es mi intento ocupar este diario con la historia política de Menschikoff, porque se encuentra en todos los libros, y únicamente me ceñiré á reproducir algunos pormenores sobre su destierro que el príncipe Nazumoi recogió durante su viaje á Siberia.

Viéndose Menschikoff en el apogeo del poder y de los honores, creía que nada podía temer ya de sus enemigos ni de la fortuna, pero á consecuencia de una conspiración de corte tramada por el príncipe Dolgoroucki y el ministro Ostermann, Pedro II, que acababa de prometer su mano á la primogénita de Menschikoff, dió orden de prenderle y de conducirle á su hacienda de Renneburgo con toda su familia. El oficial encargado de ejecutar este mandato podía permitir al proscrito que se llevase cuanto quisiera y le acompañasen todos los criados que creyera necesarios. Menschikoff se aprovechó del permiso, y su salida de San Petersburgo fué una especie de triunfo. Su coche abría la marcha seguido de una grande hilera de carruajes en que iban su familia y su servidumbre, y saludaba á todo el mundo como manifestando que la desgracia le había asombrado momentáneamente, pero que no estaba abatido. A dos leguas de San Petersburgo un oficial superior, al frente de un considerable destacamento de caballería, detuvo el coche de Menschikoff.

—Príncipe, le dijo, vengo de orden del emperador á pedirnos las insignias de las órdenes de san Andrés, de san Alejandro Newski, del Elefante, del Aguila Blanca y del Aguila Negra.

—Persuadido de que se me pedirían, respondió Menschikoff, las puse de antemano en este cofrecillo. Si algun día llegais á conseguir estas frívolas distinciones de la vanidad humana, ojalá os desprendais de ellas sin pesar como yo lo hago.

El oficial añadió:

—Aun no he terminado mi misión, tengo que cumplir otras órdenes.

—Ejecutadas, caballero; á todo estoy dispuesto. ¿Cuáles son esas órdenes?

—Es preciso que bajeis del coche y os trasladéis á esos telengos.

Veíanse en medio del camino dos carros que ocuparon Menschikoff y su familia.

—No echo de menos mis coches y me hallo bien en este carro; no envidio las riquezas que dejo en ellos á los que van á repartírselas porque son mas desgraciados que yo.

Largo y penoso fué el camino hasta Renne-

burgo. Menschikoff estaba separado de su familia y solo podía tener con ella escasos y furtivos coloquios, los cuales aprovechaba para consolar á su esposa y á sus hijos, para darles ánimo y para exhortarles á que se sometieran á la voluntad de Dios.

Menschikoff se hallaba en Renneburgo muy cerca del emperador Pedro II; así lo creían sus enemigos que resolvieron enviarle á Siberia, destinándole á Yakoutsk por residencia.

El viaje duró cinco meses, y su esposa, cuya hermosura y virtud había admirado Rusia entera, murió en el camino. Menschikoff se vió precisado á darle los consuelos religiosos en sus postreros momentos, á abrir su sepultura, á pronunciar sobre su cadáver las preces mortuorias y á sepultarlo con sus propias manos. Abatido momentáneamente con esta pérdida, hizo un desesperado esfuerzo de valor para verificar su entrada en Tobolsk, donde le esperaban los desgraciados que había desterrado cuando estaba en el poder para recogerse con su humillación y vengarse de sus rigores. Efectivamente, desde que entró en la ciudad se alzó un coro inmenso de imprecaciones y le rodeó un grupo de proscritos que le abrumaron de injurias. Menschikoff reconoció á dos de aquellos desventurados.

—Véngate, dijo al primero, ya que tan grata es á tu corazón la venganza, no quiero oponerme á ese placer; pero has de saber que obré como tú obrarias en mi lugar si alguno se hubiera hecho temible para tí por su talento y su energía: te sacrificué á la imperiosa necesidad de la política. En cuanto á tí, continuó dirigiéndose al segundo, hasta ignoraba que gimieras en el destierro; tus enemigos fraguaron tu desgracia, no yo. Insúltame pues si eso te consuela, pero soy inocente de tus males.

Otro proscrito cogió un puñado de lodo y lo arrojó al rostro de los hijos de Menschikoff.

—Tu acción es de un cobarde, exclamó el infortunado padre; insúltame á mí que soy el culpable; pero ¿qué mal te han hecho esas pobres criaturas?

Tobolsk no era el término del viaje de la desgraciada familia, pues al día siguiente se vió precisada á continuar su camino. El gobernador de Siberia entregó á Menschikoff 500 rublos que le enviaba el czar en testimonio de la compasión que le inspiraba su antiguo ministro. El proscrito compró un hacha y algunos instrumentos de trabajo, especialmente redes, porque la pesca debía ser el principal recurso de su familia, y manifestó el deseo de que el dinero restante se distribuyese entre los pobres de Tobolsk. El gobernador se negó á esta petición diciendo que los desterrados no eran considerados como hombres y no tenían derecho para hacer limosnas.

Desde Tobolsk á Yakoutsk se viaja en telengo, que es un pequeño carro, por lo regular descubierto y tirado por un caballo. El clima llegó á ser al fin tan riguroso que no pudiéndolo resistir los caballos, tuvieron que ser reemplazados por perros. Para llegar á Yakoutsk se necesitan cinco meses. Un día, rendidos de cansancio los viajeros se pararon en una choza de un pobre habitante de Siberia. Un oficial ruso se estaba calentando junto al hogar cuando entraron los desterrados: era un comisionado del gobierno, enviado bajo el reinado de Pedro el Grande, que regresaba á su patria tras una ausencia de algunos años, y que apenas se dignó dirigir una mirada distraída á aquellos infelices cubiertos de lodo y de pieles de carnero.

De pronto oye á Menschikoff que le dice:

—Dios te guarde, Schatskoff!

—¿Quién eres tú que sabes mi nombre? preguntó el oficial mirándole con asombro.

—¿Ya te has olvidado de tu antiguo general?

—¿De qué general hablas?

—De Alejandro Menschikoff de quien fuiste ayudante de campo.

El oficial se encogió de hombros como si estuviera oyendo á un demente.

—¿Conoces á este hombre? preguntó á un jóven que estaba componiendo sus *laptis* en un rincón de la cabaña.

—No hay duda, le respondió, y tú le conoces tan bien como yo, pues has comido muchos años su pan, pero finges que no le has visto nunca porque gime en el infortunio.

Menschikoff se separó entonces los largos cabellos que ocultaban una parte de su rostro y se sentó en frente de su antiguo ayudante de campo.

—Calla, hijo mio, que la desgracia y el cansancio habrán desfigurado indudablemente mi rostro. Y tú, Schatskoff, perdona á este jóven á quien tantas veces has tenido en su infancia sobre tu regazo. Mira ahora mis dos hijas; esa es la mayor. Cuando llegues á la corte, dirás al emperador que has visto á la que debía ser su esposa, mojado un mendrugo de pan en una hortera llena de leche agria. Tal vez no entiendes el significado de mis palabras, pobre Schatskoff, porque hace cinco años que faltas de Moscou, pero voy á contarte todo lo que ha pasado desde entonces.

Rendidos de cansancio, los hijos de Menschikoff se durmieron mientras hablaba el anciano.

—¡Pobres niños! añadió Menschikoff al terminar su relato; por ellos, por ellos sufro, no por mí. La Providencia me ha hundido otra vez en la oscuridad y la pobreza de mis primeros años; estoy espionando mis faltas, mis errores y mis crímenes... pero estos niños desgraciados!

Copiosas lágrimas brotaron al mismo tiempo de los ojos de Menschikoff. El jefe de la escolta entró á decirle que ya era hora de volverse á poner en camino, y Schatskoff, vivamente conmovido con tanto infortunio y tan noble resignación, se arrojó á los pies del general, quien le levantó y le estrechó repetidas veces contra su corazón. Era el último testimonio de simpatía que el cielo reservaba al proscrito: Menschikoff y su ayudante de campo se separaron para tomar, el uno la carretera de San Petersburgo, y el otro el camino que conduce á las heladas soledades del polo.

Cuando llegó á Yakoustk, Menschikoff empuñó su hacha y empezó á construir una cabaña para él y su familia. El hijo trabajaba á su lado, la hija mayor preparaba la comida y la segunda arreglaba la ropa de la casa. Seis meses habían transcurrido desde su llegada al lugar de su destierro cuando se declaró una violenta epidemia de viruelas, y todos los hijos de Menschikoff sufrieron los rigores del terrible azote. La mayor llegó á un estado desesperado, y en el momento de la agonía su padre se transformó en sacerdote, y se resolvió á disponer á la muerte á la hija como lo había hecho ya con la madre.

—Padre, le dijo la jóven, no os esfuerceis en consolarme, porque dejo la vida sin pesar. Hace mucho tiempo que aspiraba al cielo, pidiendo á Dios que me llevase á su seno, y ha escuchado por fin mi plegaria. ¡Adios, padre mio! ¡adios, hermano! ¡adios, hermana mia! Orad por mí y aprended de mí á morir con resignación.

Menschikoff y sus dos hijos ejecutaron todas las ceremonias del rito griego. Veinte y cuatro horas despues, el cadáver de la jóven, que yacía en el misero lecho en que había muerto, fué trasladado á la sepultura que su padre y su hermano habían abierto con sus propias manos.

Menschikoff, rendido de cansancio durante la enfermedad sucesiva de sus tres hijos por los cuidados que no cesó de prodigarles, se postró en el lecho con una violenta calentura, y no tardó en sentirse enfermo de muerte.

Llamó á su hijo y á su hija para hablarles por la vez postrera, y les dijo:

—Hijos míos, hijos queridos, fuerza es que os deje: voy á reunirme con vuestra hermana y vuestra madre, si Dios se digna permitirlo, si acepta como una expiación suficiente de los pecados que cometi en la época de mi grandeza y mi poder los padecimientos de mi destierro. No me atrevo á esperarlo ni á creerlo. Moriría contento si no os dejase solos y abandonados en este desierto. Pero Dios velará por vosotros en su misericordia; vivid siempre unidos, acordados en la prosperidad de las lecciones que habeis recibido aquí, y rogad al cielo por vuestro padre que os bendice.

Apenas tuvo fuerza para extender sobre sus dos hijos arrodillados sus manos que volvieron á caer inertes sobre su lecho mortuario: Menschikoff había cesado de existir.

La muerte de Menschikoff fué para sus hijos

la aurora de su libertad. Permitieronles ir todos los domingos á oír misa en la iglesia de Yakoustk. Cierta dia, al volver del oficio, los dos jóvenes quedaron asombrados oyéndose llamar por un hombre que llevaba la barba larga y el gorro que usaban los naturales del país. Aquel miserable, que estaba en pié en el umbral de una pobre cabaña, era el enemigo de su padre, el príncipe Dolgoroucki.

La hija de Menschikoff y su hermano se acercaron y reconocieron al príncipe.

—¿Qué hiciste á Dios y al czar para hallarte aquí? le preguntó la jóven.

—El czar murió, respondió Dolgoroucki, ocho dias despues de haber pedido por esposa á mi hija que yace allí moribunda sobre ese tablado.

Y se apartó al mismo tiempo para que vieran á una pobre mujer tendida sobre un lecho de tablas y cubierta apenas con algunos vestidos hechos harapos. La hija de Menschikoff se acordó de su hermana y prorumpió en llanto, pero su hermano se regocijó sin embozo de la desgracia del perseguidor de su raza, y quiso escupirle en la cara. La jóven le contuvo entonces recordándole que su padre al morir les había suplicado que perdonasen las injurias.

Los dos jóvenes entraron un mes despues en la cabaña de Dolgoroucki.

—Príncipe, le dijo Menschikoff, en el momento de partir de estos tristes lugares por mandato de la zarina Ana Isvanowa, he resuelto venir á pedirte perdón por un arrebato pasajero de cólera. Las oraciones de nuestro padre han enternecido sin duda el corazón de nuestra soberana y nos han alcanzado la libertad, y deseo hacermelo digno de su intercesión cerca de Dios extinguiendo en mi corazón todos los odios. Partimos mañana mi hermana y yo, y te dejamos nuestra cabaña, nuestro huerto, nuestras redes y utensilios. ¡Dios te conceda como á mi padre la paciencia y la resignación!

Dolgoroucki estrechó conmovido la mano que le tendía el jóven Menschikoff vertiendo lágrimas, y su hija especialmente lloraba con amargura, porque la hermana del que insultara un dia á su padre había ido á sentarse junto á su lecho durante su enfermedad y le había prodigado los cuidados mas tiernos y fraternales. Al separarse de su amiga, la hija del infeliz príncipe vió que empezaba para ella el verdadero destierro.

Menschikoff había confiado sumas de consideración á banqueros extranjeros, y sirvieron para dotar á su hija. La quinta parte de los bienes territoriales de su padre fué restituida á los hijos, lo cual bastaba aun para asegurarles una brillante fortuna. El príncipe Menschikoff entró en la corte y fué nombrado capitán de guardias del emperador; su hermana se casó con el hijo del famoso Biren, duque de Curlandia. Esta no olvidó jamás la época de su destierro, conservaba su traje de desterrada y lo miraba con frecuencia para no dejarse vencer por las seducciones de la riqueza.

Este traje existe aun y forma parte de las curiosidades históricas del príncipe Nazumoi, que me las ha enseñado con la orgullosa satisfacción de un anticuario poseedor de un tesoro conseguido á costa de los mayores sacrificios.

Ya que estoy hablando de los mas ilustres desterrados de Siberia; voy á reproducir todas las noticias que he logrado adquirir relativamente á la deportación á este país. Los rusos son avaros de pormenores sobre su país, pero el príncipe Nazumoi olvida su reserva habitual en este punto cuando se lisonjea su manía de coleccionista, y contesta entonces á las preguntas que se le dirigen. A este inocente ardid debo los curiosos pormenores que conquisto todos los dias. Hé aquí los que he logrado reunir sobre la Siberia:

Borrada en 1769 del código ruso la pena de muerte, fué sustituida por la deportación, la cual se impone por los crímenes y por las faltas. Los individuos cuya culpabilidad es probada son deportados de derecho, pero puede igualmente imponerse el mismo castigo á los acusados absueltos por falta de pruebas suficientes, aunque reconocidos culpables por el juez. Cuando las dos terceras partes de los

habitantes de un distrito municipal se oponen al regreso de un reo, se le envía á Siberia, y el emperador se reserva además el derecho de deportar á cuantos le parecen sospechosos. Es decir que la deportación es una pena que puede alcanzar en Rusia á todo el mundo, y se hallan en efecto en Siberia todas las clases de la sociedad, todas las variedades de la desgracia y del crimen: el asesino, el político, el ladrón, el escritor, el comerciante quebrado, el general, etc.

En Moscou hay una cárcel central donde se reúnen todos los condenados á la deportación y se organizan los convoyes: antes de partir se clava á los desterrados una cadena á los pies, se les rapa la mitad de la cabeza, y se les viste con una túnica bastante parecida á la que vimos á los presos de Sweaburgo. Unos hacen el viaje en telongo, otros á pié; este aumento de castigo está comunmente reservado á los reos políticos y á los polacos. Las dos terceras partes mueren de cansancio y de pena antes de llegar á su destino. Cuando llegan á Siberia, se les divide en dos categorías que se envían á puntos fijados de antemano.

La primera categoría comprende los condenados á trabajos forzados, los cuales son destinados á la explotación de las minas y se dirigen á Nertschinsk, donde no tienen mas que pan por único alimento y pescado salado para los dias festivos. Por la mañana van á la mina, salen de allí por la tarde, sin dejar jamás la cadena, y por las noches los encierran en algun recinto fortificado. El mas insignificante descuido en el trabajo es castigado con el látigo ó el palo. Entre los condenados de esta categoría se eligen los mas robustos y se les emplea en la caza de animales de pieles, tarea terrible en que tienen que luchar con los lobos, los osos y contra el frio, enemigo mil veces mas feroz que todas las fieras de los bosques. Otros, menos desgraciados tal vez, son reducidos al estado de acémilas y arrastran las barcas á lo largo de los rios.

La segunda categoría se subdivide en cinco fracciones: 1.º los reos empleados en las fábricas; 2.º los que se dedican á faenas que exigen mucha fuerza física; 3.º los que solo sirven para criados; 4.º los reos aptos para la agricultura; 5.º los enfermos y los ancianos. Cada reo de estas diversas fracciones recibe el knut antes de dar principio á sus faenas, y al cabo de cierto tiempo de prueba, que es muy largo, el preso que se hace acreedor á esta gracia, recibe el título de *poselents* (colono) y puede trabajar por su propia cuenta.

Tambien las mujeres son deportadas á Siberia, y no están exentas de los castigos corporales sino á una edad muy avanzada.

El rigor del clima y del trabajo, la insalubridad de las minas y la escasez de alimento dan origen á frecuentes epidemias que diezman á los deportados al poco tiempo de su permanencia.

Hé aquí como se ha suprimido en Rusia la pena de muerte!

¡Cuántos grandes hombres de la Rusia antigua y moderna pisaron el helado suelo de Siberia cargados de cadenas! El mariscal Munick estuvo allí veinte años!

Además de la Siberia está el Cáucaso, á donde se envían los poetas y los escritores. El célebre Pouchkine compuso en su destierro *Hudnilla*, *El prisionero del Cáucaso* y *la Fuente de Batchi-Serai*. Lermontoff, el autor del *Héroe de nuestros dias*, expió allí el crimen de haberse atrevido á elevar su voz en favor del poeta que he mencionado antes, y murió como él en desafío. Otro escritor sufrió un castigo mas cruel aun; Tchedaeff había publicado en el *Telescopio* un artículo sobre Rusia que fué denunciado al czar, y al dia siguiente desapareció el autor del artículo. Tchedaeff no estaba sin embargo en el Cáucaso ni en Siberia; el emperador le mandó encerrar en el hospital de dementes de Aboukoff donde está aun el periodista y de donde no saldrá jamás; un decreto del emperador le ha condenado á la demencia perpetua.

El príncipe Nazumoi me ha enseñado la pistola con que fué muerto Pouchkine. Seria preciso dedicar muchas páginas de este diario si tratara tan solo de hacer mención de los objetos curiosos que componen la colección de



El czar vertió el líquido que contenía en un vaso de plata y se lo presentó á su hijo. (Pág. 136, col. 1.)

que es tan apasionado y que me ha hecho examinar detenidamente.

—¿Veis este pomito? me dijo ayer ¿no hallais en él un aspecto misterioso y siniestro?
—En efecto, le respondí, presumiendo que encerraba alguna anécdota interesante.

—Este pomo sirvió para un envenenamiento.

—¿De quién?

—Del czarewicht Alejo Petrowicht.

—¿Luego murió envenenado?

—Tengo la prueba. El czar Pedro el Grande, añadió bajando la voz, resolvió quitar la vida á un hijo que era un obstáculo perpetuo para sus vastos proyectos y que conspiraba sin cesar contra él. Sin embargo, este envenenamiento no fué un crimen, porque un tribunal competente habia condenado al czarewicht á la última pena, dejando á su padre la eleccion del género de muerte. Despues de pronunciarse la sentencia, el czar entró en el aposento de la fortaleza que servia de cárcel á su hijo.

El príncipe estaba enfermo.
—Traedme, dijo el czar á su ayudante de campo, la pocion que yo mismo he encargado al farmacéutico cuya botica está al lado del castillo.

El ayudante de campo salió y volvió pocos momentos despues pálido y temblando con el pomito que veis en ese almario. El czar vertió el líquido que contenía en un vaso de plata y se lo presentó á su hijo, quien se lo bebió con la seguridad de que la pocion que le daba su padre estaba ordenada por los médicos.

Un cuarto de hora despues Pedro el Grande estrechó la mano de su hijo y se retiró con su comitiva. Dos médicos quedaron al lado del enfermo que no tardó en ser víctima de convulsiones que terminaron con su existencia á las cinco de la tarde. Cuando el czar recibió la noticia de su muerte, mandó que fuese embalsamado el cadáver de su hijo, y lo colocaron en un ataud forrado de terciopelo negro sobre el cual se veian ricos cortinajes con brocados de oro. Desde la iglesia de la Trinidad donde estaba depositado fué trasladado durante la noche al panteon imperial.

—¿Y el emperador?
—Asistió junto con la emperatriz á esta ceremonia, respondió el príncipe Nazumoi, la cual presenciaba toda la corte que fué admitida despues á dar el pésame al soberano.

—Y nadie tuvo valor para sustraerse á una manifestacion tan baja como hipócrita?

—El emperador manifestó que su hijo habia muerto de un ataque de apoplejía, y los súbditos deben dar entero crédito á las palabras de su soberano.

El príncipe ha partido á Kitaigorod despues de revelarme este secreto; el objeto de sus expediciones diarias á este punto es el de hacer una visita á los mercaderes de curiosidades.

El Kitaigorod es un inmenso bazar cuyas calles abovedadas forman un laberinto de pasajes sombríos donde ponen de manifiesto sus géneros mercaderes de todas clases. Esta ciudad de tiendas está unida al Kremlin del cual es una dependencia.

En el Kitaigorod he tenido un encuentro que merece un lugar preferente en este diario.

(Se continuará.)

FÓRMULAS.

Jarabe de las monjas de Remes.

Contra la tos.—Tómense	
Dátiles.	13
Azufaifas.	18
Flores de nenúfar.	12
Simientes de adormidera.	1/2 onza.
Raíz de orozuz.	1/2 »
Raíz seca de malvavisco.	1/1 »
Culantrillo seco.	1 »
Azúcar.	8 »

Se quitan los huesos ó pepitas á los dátiles y á las azufaifas, se cortan á pedacitos el orozuz y el malvavisco, se cortan las flores del nenúfar, y se echan estos ingredientes, con el azúcar, en cuatro libras de agua; despues se añade el culantrillo picado muy menudo, en términos de que sobrenade;—se hace hervir á fuego lento medio cuarto de hora;—se echan en seguida las simientes de adormidera, previamente machacadas en un mortero;—se hace reducir el todo á la mitad;—se cuele, y, por último, se hace cocer hasta la consistencia siruposa.—Resulta cosa de media botella de jarabe.

Este conviene á todas las personas afectadas de catarro crónico; calma perfectamente la tos, y su uso es del todo inofensivo, aun cuando estén inflamados los órganos torácicos.—Tómase á cucharadas regulares, por la mañana, al medio día, y por la noche.

(EL MONITOR DE LA SALUD.)

Barniz para las estampas.

Se encola la estampa sobre la madera, se le dá por encima una capa igual de cola de pescado; cuando está seca, se dá segunda mano, que hallándose seca se darán diez ó doce manos de barniz de sandaraca, haciendo secar la estampa en cada una; despues se pulirá con trípoli muy fino. Este barniz es de los mas hermosos y jamás se altera.

Barniz para cajas de carton.

Se toman seis onzas de sandaraca, cuatro de resina elemí, una de resina animé, media de alcanfor, cuatro de vidrio molido, y dos libras de espíritu de vino. El modo de operar es el siguiente: Se empieza por poner en una redoma de vidrio gruesa y de una capacidad algo mayor de la que necesita el alcohol, toda la cantidad de este líquido; se le añaden en seguida las resinas mezcladas con el vidrio molido y reducidas á polvo, vertiendo la mezcla por pequeñas proporciones y agitando la redoma cada vez para mezclar bien las resinas con el líquido. Cuando toda la mezcla está en la redoma, se añade el alcanfor cortado á pedacitos y se deja el todo á medio tapado al sol, agitándolo [de vez] en cuando, hasta que toda la mezcla resinosa se haya disuelto, en cuyo estado se cuele por un lienzo y se encierra en vasos de vidrio bien tapados.

Barniz para muebles y violines.

Se toman cuatro onzas de sandaraca, dos de resina laca en granos, dos de almáciga, otra de benjuí en lágrimas, cuatro de vidrio machacado, dos de trementina de Venecia, y dos libras de espíritu de vino puro. Se hacen disolver las resinas en alcohol, ayudando la accion por medio de un calor suave al baño maria

Se puede colorar este barniz por medio del azafran ó la sangre de drago.

Por todo lo que antecede, F. GABAÑACH, editor responsable.

Imprenta del DIARIO DE BARCELONA, á cargo de Francisco Gabañach, calle Nueva de S. Francisco, núm. 17.